



Los Nevados de Payachata (6.330 y 6.240 m.), desde la laguna de Cotacotani (Foto: H. Niemeyer)

# El altiplano de Cirica

LOS Payachatas (cerros gemelos), dos imponentes cerros volcánicos hermanos que se elevan sobre la altiplanicie hasta más de 6.000 metros, dominan el paisaje de todo un gran sector andino septentrional y determinan, en ciertos aspectos, las acciones de los hombres. En torno de sus cimas coronadas de nieves se condensan los vapores y se agrupan las nubes cargadas de agua. Allí nace la tempestad.

En los atardeceres del estío, cuando los últimos rayos del sol poniente enrojecen las nieves de los Payachatas y arrebolan las nubes de su alrededor, constituyen una maravillosa réplica del simultáneo espectáculo en el horizonte marino. Aun en tiempo tempestuoso sirven de norte a los viajeros del Altiplano.

A los pies del más austral de los dos volcanes —del Parinacota— dos hermosas lagunas de aguas bajas y un extenso bofedal o ciénaga (vegas) ocupan gran parte de la altiplanicie que sustenta su base, a unos 4.500 mts. de altitud. Son las lagunas de Chungará y de Cotacotani y la ciénaga de Parinacota.

La laguna Chungará es la más grande. Constituye una cuenca cerrada de forma aproximadamente triangular, sin desagüe visible. De las tres, es la que ocupa la posición más oriental y austral. Recientemente se la pobló de peces llevados con mucho sacrificio desde la piscicultura de Río Blanco, en Aconcagua, en un intento de promover el interés turístico de la región. Desde un punto singular a orillas de esta laguna —aquel en que cae la vertiente Mal Paso— se puede contemplar en todas sus proyecciones el majestuoso cono del Sajama, la tercera cumbre de Bolivia.

Por HANS NIEMEYER F.

La laguna de Cotacotani está situada al sur poniente del volcán Parinacota y al noreste de la de Chungará, separada de ella por un accidentado terreno de montículos de lava y pequeñas depresiones que dificultan el andar y la orientación del viajero. Esta laguna está poblada de ajoyas (\*) y patos silvestres.

Islas e islotes interrumpen la continuidad de su espejo de agua. A diferencia con la anterior, Cotacotani tiene un desagüe superficial hacia la gran depresión que ocupa la ciénaga de Parinacota, que le sigue al poniente. Es el nacimiento del río Lauca, cuyo curso superior, joven y ágil, sortea los obstáculos interpuestos por los peñascos de lava para salvar un desnivel de 150 mts. en pocos kilómetros.

\* \* \*

Al poniente de Cotacotani se extiende la ciénaga de Parinacota, enorme hondonada o cuenca que un sector de la cordillera central cierra por uno de sus flancos, separando el altiplano chileno de la precordillera. El fondo de la depresión lo ocupan en buena parte los llamados bofedales, formación vegetal muy compacta característica de las zonas regadas en estas alturas, de importancia principal en el talaje de los auquénidos. Los bofedales de Parinacota se riegan con una decena de vertientes de variados caudales que se generan en el

(\*) Ajoya: una especie de tagua (*Fulica gigantea*).

perímetro de la depresión. Proviene de filtraciones, ya sea de las lagunas superiores o de las precipitaciones en los cerros circundantes. Las aguas de todas las vertientes van, por fin, a incrementar en proporción considerable el caudal del Lauca, que escurre ahora reposadamente por el talweg de la cuenca formando graciosos meandros y lagunitas.

La Dirección de Riego del Ministerio de Obras Públicas está realizando desde algunos años la titánica obra de desviar hacia el valle de Azapa —fértil oasis de reconocidas bondades— las aguas del río Lauca, que se pierden hoy en el Salar de Coipasa, en Bolivia. Las toma a la salida de las ciénagas y las conduce hacia el portezuelo de Chapiquiña por un canal revestido de 30 kilómetros, abierto en la altiplanicie. Atraviesa luego el obstáculo de la cordillera central mediante un túnel de 4.500 metros, por debajo del portezuelo.

El proyecto primitivo consultaba descolgar estas aguas por uno de los tributarios del río San José en la precordillera, mas el inusitado e intenso desarrollo del departamento de Arica de estos últimos años ha inducido a Endesa a sacar partido de la gran caída en la precordillera para la generación de energía hidroeléctrica, sin desmedro, por cierto, del aprovechamiento programado en la agricultura. Parte del agua liberada se capta en acueducto en un punto más bajo del valle, en tanto que el resto se destina a la recarga de las napas subterráneas que se explotan hoy en el sector agrícola mediante pozos.

\* \* \*

¿Quiénes habitan estos parajes elevados? Tan sólo el indio colla, natural del Altiplano, puede soportar bien los rigores del clima y de la altura. La naturaleza exige al blanco que se inicia un peaje de penurias por mostrarle sus matices: lagunas pobladas de parinas y ajoyas, conos emergentes, campos de lava, tolares y liaretales, alpacos y llamos, retorcidas queñuas. El frío invernal o el nocturno de toda estación es casi insoportable y el mal de puna o soroche ataca con terribles males. Aun después de pasados los primeros trastornos difícil es dormir y comer y el sistema nervioso se afecta. No en vano se le llama puna brava.

\* \* \*

Esencialmente se vive aquí del pastoreo de auquénidos y de pequeñas artesanías caseras. La

tierra se encuentra dividida en estancias que pertenecen a comunidades de parentesco. Cada estancia tiene derecho a una valiosa porción de bofedales —indispensables para la buena crianza—, en cuyas orillas se disponen las chozas de los comuneros con sus corrales adyacentes. Como no existen divisiones materiales, en la práctica la explotación de los terrenos se hace en común por todos los habitantes del distrito. Un mínimo comercio suele ejercerse con las aldeas de precordillera —Putre, Socoroma, Belén— con intercambio de animales, mantas y cuerdas de lana por los productos agrícolas de los valles: papas, maíz, ají.

Las faenas del Lauca han modificado en ciertos aspectos los medios y sistemas de vida, brindando trabajo mejor remunerado a los varones del Altiplano. Las mujeres y los niños se encargan por ahora del pastoreo.

\* \* \*

En la ribera oriental de la ciénaga, muy próxima a la vertiente principal de la comarca (Ojos de Agua), se levanta la aldea de Parinacota, mimetizada entre las rocas pardas que la sustentan. Una treintena de casas se dispone alrededor de un gran espacio cuadrangular que ocupan la iglesia y la plaza. Son construcciones de piedra y barro, de planta rectangular y techos de dos aguas, cubiertos de paja y sostenidos con tijerales de queñua. Algunas ruinas prolongan la planta actual del pueblo sobre una lengua de lava que se interna en la ciénaga. Puede significar que en otra época hubo mayor población o, quizás, que por alguna causa fue abandonado este sector para poblar en otro cercano.

Es un hecho, sin embargo, que Parinacota tuvo importancia con anterioridad a la construcción del ferrocarril a La Paz, como lugar obligado de tránsito y de relevo en el camino de Arica a Bolivia, a través de Putre y Sajama. Hubo, además, en tiempos pretéritos un establecimiento donde se trataban los minerales de plata provenientes de Choquelimpie y que daba animación y trabajo al pueblo. Hoy todavía suelen encontrarse mezclados con la tierra porciones del valioso azogue con que se amalgamaba la plata. Provenía de España a través del puerto de Arica. Más tarde se usó el mercurio de Huancavelica, en el Perú. El transporte en fudres de cuero a lomo de mula desde el

Laguna de Chungará y cordón fronterizo. (Foto H. Niemeyer)





Iglesia de Parinacota. (Foto: H. Niemeyer)

puerto constituía en tiempos de la Colonia una ardua tarea que los arrieros procuraban esquivar.

La iglesia, de planta extremadamente simple, está construida en piedra y barro, con paredes revocadas y pintadas en reluciente blanco a la cal. La resistencia se ha asegurado con macizos contrafuertes de piedra. La cubierta, como en el resto de las casas, es de "paja brava" y se la renueva cada dos años para la fiesta de Pachayampe (8 de septiembre).

El edificio —de antiquísima factura— se ha ubicado en el centro de un espacio rectangular amurallado en piedra, en uno de cuyos esquineros se levanta la torre del campanario. De trecho en trecho, sobre la barda de este muro, se elevan pequeñas esculturas hechas en la blanda toba riolítica de la región. Una de ellas es —al parecer— el busto de un representante eclesiástico. Otras corresponden a especies de "flor de lis" o penachos de tres ramas; las más, son pequeñas columnas cilíndricas en que algunos han creído ver representaciones fálicas.

La mayor parte del año la aldea permanece casi inerte. La escasa actividad gira sólo en torno al retén de carabineros y de la escuela. A ella acuden los niños desde los distintos puntos de la ciénaga, de brinco en brinco por los bofedales. Pero en vísperas del 8 de septiembre —fecha en que se inicia la gran fiesta religiosa— el pueblo cobra inusitada vida y agitación. La fiesta dura 7 a 8 días, lapso en que las habitaciones se hacen insuficientes para cobijar a tanto peregrino que acude desde todos los puntos de éste y del vecino Altiplano y de los poblados de la sierra.

Para el habitante de las tierras bajas y populosas, celebraciones de 7 días consecutivos parecen exageradas y hasta aburridas. Sin embargo, si se piensa que los pastores del Altiplano viven varios meses en absoluto aislamiento al cuidado de sus ganados, la justificación es obvia. En ellas no sólo se elevan paces, sino que la fiesta es un acontecimiento social que permite el contacto entre los

habitantes de los distintos caseríos y estancias. Se hacen transacciones comerciales, surgen nuevos matrimonios y se comentan los sucesos más importantes acaecidos en el Altiplano.

Los siete "alféreces" —uno por cada día de jolgorio— organizan la fiesta y el "mayordomo" la preside. Los primeros son los anfitriones que se disputan el honor de correr con los gastos de bebidas, animales beneficiados, músicos, etc.

El mayordomo es el personaje más importante del pueblo. Tiene a su cargo las llaves y el cuidado de la iglesia, preside todas las ceremonias y rituales, imparte la bendición a los fieles, arbitra en el relevo de los alféreces. Es elegido cada tres años por el consejo de los últimos anfitriones, ocasión que se celebra con una gran festividad en que se sacrifica una pareja de jóvenes llamas, cuya sangre se desparrama en todas las direcciones.

Cada día se repiten las mismas escenas y ceremonias. Se inicia la jornada con un toque prolongado de campana al que se reúnen los músicos y peregrinos en la casa del alférez de turno. Aquí se realiza el primer ritual —oficiado en aimará— en torno a cuatro grandes velas que se veneran. Se hace a continuación un brindis general con alcohol preparado con canela y otras especias, esparciendo parte del contenido de los vasos sobre la muchedumbre que ha llegado con coronas y flores de papel.

Después de cumplir con algunos rituales en el interior de la iglesia, en que se reza en aimará, comienzan afuera los bailes y libaciones que durarán hasta la caída de la noche. Cuando el frío arrecia, la concurrencia se traslada a la casa del alférez de turno para continuar el regocijo. En el último día el "mayordomo" imparte la bendición a cada uno de los peregrinos.

Abandonamos los rigores de las tierras altas en pos del verdor cultivado y del clima más benigno de Putre, en la precordillera.

H. N. F.